

Thomas Hardy
Jude el oscuro

Traducción de
Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Jude the Obscure*

Primera edición: 1972

Segunda edición: 2020

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuares.com

Imagen: © ACI / Alamy

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-770-3

Depósito legal: M. 33.654-2019

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Prefacio a la primera edición

La historia de esta novela (cuyo lanzamiento en este formato se ha retrasado considerablemente por culpa de las necesidades de su publicación por entregas) es, a grandes rasgos, la siguiente. El esquema general se esbozó en 1890 a partir de notas tomadas de 1887 en adelante, y algunas de sus circunstancias fueron inspiradas por la muerte de una mujer¹ el año anterior. La trama fue objeto de revisión en octubre de 1892, el primer borrador de la narración se redactó entre 1892 y la primavera de 1893, y ya en su versión definitiva, desde agosto de 1893 hasta entrado el año siguiente, tras lo que, a excepción de unos pocos capítulos, estuvo en manos del editor a finales de 1894 y empezó a publicarse por entregas mensuales en *Harper's Magazine* en noviembre de ese año.

Sin embargo, como en el caso de *Tess, la de los d'Urberville**, la de la revista era por distintas razones una versión abreviada y modificada, de modo que la presente edición es la primera en la que el texto aparece completo tal y como se escribió originalmente.

Por la dificultad de tomar al principio una decisión sobre el título, el relato se publicó con uno provisional, después de que se hubieran utilizado otros dos². El defi-

1. Tryphena Sparks, prima de Hardy, a la que estaba muy unido. [Todas las notas de la presente edición son del traductor.]

2. *Los inocentes* y *Corazones insurgentes*.

* Disponible en Alianza Editorial, 2019 (N. del E.).

nitivo, que se consideró en conjunto el mejor, fue uno de los primeros en que se pensó inicialmente.

Por tratarse de una novela dirigida por un hombre a hombres y mujeres adultos, que trata de abordar con naturalidad la inquietud y la febrilidad, el escarnio y el desastre que pueden presentarse tras el despertar de la pasión más intensa conocida por la humanidad; de contar, sin andarse con rodeos, la guerra a muerte entre la carne y el espíritu, y de apuntar la tragedia que suponen los deseos insatisfechos, no creo que haya nada en ella que pueda ofender a nadie.

Al igual que anteriores frutos salidos de esta pluma, *Jude el oscuro* no es más que el empeño por dar forma y coherencia a una serie de pareceres, o impresiones personales, de los que la cuestión de su consistencia o discordancia, de su permanencia o su transitoriedad, no creo que sea de gran importancia.

Agosto 1895

Post scriptum

A la publicación de este libro hace dieciséis años junto con el prefacio explicativo de arriba, le siguieron una serie de incidentes inesperados que hacen que no esté de más que ahora recordemos un momento lo ocurrido. Apenas un día o dos después de su publicación, los críticos se pronunciaron sobre el libro en un tono que no era comparable al que ya habían utilizado contra *Tess, la de los d'Urberville*, por más que hubo dos o tres disidentes con respecto al coro general. Tal recibimiento de la historia en Inglaterra fue enseguida transmitido a los Estados Unidos, y la música se reforzó a ese lado del Atlántico hasta convertirse en un *crescendo* estridente.

A mi entender, lo más triste del ataque fue que la mayor parte de la historia –la que presentaba los ideales destrozados de los dos protagonistas y que había sido, en especial y diría que casi de forma exclusiva, la que más me interesaba– era prácticamente pasada por alto por las críticas adversas de ambos países; mientras que las veinte o treinta páginas de lamentables detalles que consideré necesarias para completar la narración y mostrar las antítesis de la vida de Jude casi fueron las únicas objeto de lectura y análisis. Y lo curioso es que la reimpresión al año siguiente de un cuento fantástico que había aparecido en una publicación familiar algún tiempo antes hizo que cayera sobre mí una continuación del mismo tipo de invectivas desde distintos frentes.

Ése fue el infeliz comienzo de la carrera de *Jude* como libro. Tras esos veredictos de la prensa, su siguiente infortunio fue ser quemado por un obispo –probablemente por la desesperación de no poder quemarme a mí–, y que éste hiciera apología de su meritoria acción en los periódicos.

Entonces alguien descubrió que *Jude* era una obra moral y austera en su tratamiento de un tema complicado, como si el autor no hubiera dicho todo el rato eso mismo en el prefacio. A partir de ahí, muchos dejaron de maldecirme y el asunto quedó zanjado, siendo su único efecto en la conducta humana, que yo llegara a conocer, el que tuvo en mí: que la experiencia me curó por completo de cualquier interés en seguir escribiendo novelas.

Uno de los muchos incidentes que surgieron a raíz de ese vendaval de palabras fue que un hombre de letras norteamericano, de una sólida moralidad que no necesitaba de encubrimientos, me hizo saber que, tras comprar un ejemplar del libro llevado por las escandalizadas críticas, lo estuvo leyendo mientras no dejaba de preguntarse cuándo iba a empezar lo pernicioso, hasta que acabó arrojándolo al otro lado de la habitación al tiempo que renegaba de que unos críticos sinvergüenzas lo hubieran inducido a gastarse un dólar y medio en lo que él denominó «un tratado religioso y ético».

Estuve de acuerdo con él y le aseguré con toda honestidad que las tergiversaciones no habían sido ninguna maquinación mía para incrementar la tirada de los periódicos en cuestión entre sus suscriptores.

Y también estuvo el caso de una señora que, después de explicar lo mucho que se había estremecido por el contenido del libro en un artículo de mucha influencia, que incluía unos subtítulos horribles y se publicó en

una revista de difusión mundial, me escribió al poco diciéndome que le gustaría mucho conocerme.

Mas volvamos al libro en sí. Puesto que la legislación matrimonial se utiliza en gran medida como el mecanismo trágico de la historia, y su aplicación al ámbito doméstico tiende a mostrar que, en palabras de Diderot, el derecho civil debería ser simplemente la enunciación de las leyes de la naturaleza (afirmación que, por cierto, precisa de ciertas matizaciones), en este país se me carga desde 1895 con la enorme responsabilidad de ser en parte culpable del deteriorado estado de la cuestión del matrimonio (tal y como se refirió a ella un erudito escritor hace poco). No lo sé. Mi opinión en aquella época, si bien recuerdo, era la misma que ahora: que un matrimonio debería poder disolverse en cuanto se convierte en algo cruel para cualquiera de las partes –en la medida en que eso ya no es en esencia ni moralmente un matrimonio–, y me pareció una buena base para narrar una tragedia, válida por sí misma como el relato de un caso concreto que contenía mucho de universal, y con la esperanza de que ciertas cualidades catárticas o aristotélicas pudieran encontrarse en ella.

Las dificultades para adquirir hace veinte o treinta años conocimientos humanísticos cuando no se contaba con medios económicos se emplearon del mismo modo; sin embargo, se me informó de que algunos lectores consideraban que esos episodios eran un ataque a instituciones venerables, y de que, cuando más adelante se fundó el Ruskin College¹, tendría que habersele llamado «colegio universitario de Jude el oscuro».

1. Institución educativa que se fundó en Oxford en 1899 para facilitar el acceso de la clase obrera a los estudios universitarios.

El esfuerzo artístico siempre paga un alto precio por extraer su contenido trágico de la forzada adaptación de los instintos humanos a arquetipos fastidiosos y oxidados que no casan con ellos. Para ser justos con Bludyer y el obispo incendiario, supongo que lo que querían decir sólo era esto: «Nosotros, los británicos, odiamos las ideas, y vamos a estar a la altura de tal privilegio de nuestra tierra natal. Tal vez tu retrato no muestre algo falso, o algo poco común, o ni siquiera algo contrario a los cánones artísticos, pero no es una visión de la vida que los que prosperamos gracias a los convencionalismos podamos consentir que sea retratada».

No obstante, tampoco tuvo mayor importancia. En cuanto a las escenas matrimoniales del libro, por mucho que pusieran el dedo en la llaga y que una pobre señora acabara gritando en *Blackwood* que se avecinaba una impía liga antimatrimonio, el famoso contrato –o sacramento, quiero decir– aún goza de buena salud, y la gente se sigue casando y entregando a lo que puede ser un verdadero matrimonio, o no, tan alegremente como siempre. Algunos corresponsales muy serios incluso han reprochado a este autor que haya dejado la cuestión exactamente donde la encontró y no haya señalado ningún camino para llevar a cabo una reforma muy necesaria.

Después de la publicación de *Jude el oscuro* por entregas en Alemania, un experimentado crítico de ese país informó a este escritor de que Sue Bridehead, la heroína, era la primera delineación en ficción de las mujeres que, a miles, estaban adquiriendo cada vez mayor notoriedad año tras año: las del movimiento feminista, las chicas solteras, pálidas y flacas, manojos de nervios emancipados e intelectualizados que las condiciones modernas estaban produciendo de momento sobre todo en las ciudades; las que

no reconocen que exista la necesidad de que la mayoría de su sexo tengan que casarse como profesión, y se jactan de ser personas superiores porque se consideran autorizadas para ser amadas como ellas quieran. Lo que lamentaba ese crítico era que el retrato de este nuevo tipo femenino hubiera sido dibujado por un hombre y no por una mujer, que nunca habría consentido que alguien como Sue se viniese abajo al final.

No sé si esa afirmación estará corroborada por datos. Ni tampoco soy capaz, tantos años después de escribir la novela, de realizar mayor crítica sobre ella que la que afecta a unas cuantas correcciones lingüísticas, con independencia de lo bueno o malo que pueda contener. Sin duda hay más en un libro de lo que el autor conscientemente incluye en él, lo cual puede suponerle un beneficio o una desventaja, según el caso.

T. H.

Abril 1912

Jude el oscuro

«La letra mata»

Primera parte
En Marygreen

Muchos se han trastornado por las mujeres y por ellas se han convertido en esclavos. Y también muchos han perecido, tropezado y han llegado a pecar por las mujeres [...] ¿Cómo no van a ser fuertes las mujeres, puesto que actúan de esa forma?

ESDRAS

Capítulo 1

El maestro de escuela se marchaba del pueblo, lo que parecían lamentar todos. El molinero de Cresscombe le dejó su carrito blanco, cubierto y tirado por un caballo, para que trasportase sus pertenencias a la ciudad a la que se dirigía, a unos treinta kilómetros de distancia. El vehículo tenía capacidad suficiente para llevar los efectos del maestro que se iba de allí, pues éste ya había recibido la vivienda anexa parcialmente amueblada por parte de los administradores de la escuela, y el único objeto voluminoso que poseía, además de una caja llena de libros, era un piano vertical que había comprado en una subasta el año que le había dado por aprender a tocar. Sin embargo, pronto se le pasó el entusiasmo, con lo que nunca llegó a adquirir destreza interpretativa alguna y el piano se convirtió en una constante molestia cada vez que se mudaba de casa.

El párroco se había ausentado todo el día, pues no era hombre al que gustase ver cambios. No iba a regresar hasta la noche, cuando el nuevo maestro ya hubiera llegado y, una vez instalado, todo volviera a ser como siempre.

El herrero, el administrador de la granja y el propio maestro se encontraban en la sala contemplando perplejos el instrumento musical. El maestro había comentado que, aun en el caso de que cupiese en el carro, no sabría

qué hacer con él en Christminster¹, la ciudad a la que se dirigía, ya que en un primer momento se iba a alojar en una habitación alquilada.

Un chico de once años, que había tenido la amabilidad de ayudar a empaquetar todo, se acercó al grupo de hombres y, mientras éstos seguían dubitativos, dijo en voz alta y según se sonrojaba al oír su propia voz:

–Mi tía tiene un almacén muy grande, y a lo mejor se podría guardar ahí hasta que encuentre usted casa, señor.

–Buena idea –asintió el herrero.

Decidieron que una delegación fuese a ver a la tía del chico –una señora mayor y soltera del lugar– a preguntarle si podía quedarse el piano hasta que el señor Phillotson mandara a por él. Así pues, el herrero y el administrador se fueron a comprobar si la propuesta era factible, y dejaron solos al chico y el maestro.

–¿Te da pena que me vaya, Jude? –preguntó el segundo con cariño.

Al chico se le llenaron los ojos de lágrimas, pues no era de los alumnos que sólo habían entablado un contacto indiferente con el maestro por ir todos los días a clase, sino que él sólo había asistido a la escuela nocturna el tiempo que el señor Phillotson había ocupado el puesto. A decir verdad, los alumnos de diario se encontraban en ese momento lejos de allí, como ciertos discípulos históricos², sin que hubiesen mostrado ninguna disposición entusiasta a ayudar en la mudanza.

Azorado, el chico abrió el libro que tenía en la mano, regalo de despedida del señor Phillotson, y reconoció que le daba pena.

–A mí también –dijo Phillotson.

1. Christminster es Oxford.

2. Los de Cristo. Véase Lucas 23, 49.

—¿Y entonces por qué se va, señor? —le preguntó el chico.

—Ah, es una larga historia. No entenderías mis razones, Jude. Tal vez puedas cuando seas mayor.

—Yo creo que ahora ya puedo, señor.

—Bueno, está bien, pero no se lo cuentes a nadie. ¿Sabes lo que es una universidad, y una licenciatura universitaria? Es lo que más necesita quien quiera labrarse un futuro en el campo de la enseñanza. Mi plan, o mi sueño, es hacerme licenciado universitario y luego ordenarme. Al irme a vivir a Christminster, o a las cercanías, estaré en el cuartel general, por así decirlo, y en el caso de que mi plan sea viable, creo que el que me encuentre allí me permitirá mayores oportunidades de llevarlo a cabo que de estar en cualquier otro sitio.

Volvieron el herrero y su acompañante. En el almacén de la señorita Fawley había sitio disponible, y ella parecía dispuesta a guardar ahí el piano. Así pues, lo dejaron donde estaba hasta la tarde, cuando dispondrían de más manos para trasladarlo, y el maestro echó un último vistazo a la escuela.

El chico, Jude, ayudó a cargar algunos artículos pequeños, y a las nueve el señor Phillotson se montó junto a su caja de libros y otros *impedimenta* y se despidió de sus amigos.

—No te olvidaré, Jude —dijo con una sonrisa al ponerse el carro en marcha—. Sé siempre buen chico, pórtate bien con los animales y los pájaros y lee todo lo que puedas. Y si vienes alguna vez a Christminster, acuérdate de ir a ver a tu viejo amigo.

El carro, que crujía conforme avanzaba por el prado, desapareció al girar por la casa del párroco. El chico volvió al pozo de un extremo del prado, en el que había dejado los cubos para ir a ayudar a su protector y profesor a

cargar. Tenía un temblor en el labio, y después de abrir la tapa del pozo para empezar a bajar el cubo, se detuvo y apoyó la frente y los brazos en el borde, con una expresión de fijeza en el rostro que era la de un niño mediatundo que ha conocido las penas de la vida antes de hora. El pozo en el que miraba era tan antiguo como el propio pueblo, y desde la posición en que se encontraba parecía una larga perspectiva circular que terminaba en un disco reluciente de agua temblorosa a unos diez metros más abajo. Estaba recubierto de musgo verde cerca de la parte superior y, aún más arriba, de culantrillo real.

Se dijo, en el tono melodramático de un chico fantástico, que el maestro de escuela había sacado montones de veces agua de ese pozo en una mañana como ésa y ya nunca más lo haría. «Lo he visto mirar en su interior, igual que hago yo ahora, cuando estaba cansado de tirar y descansaba un poco antes de llevar los cubos a casa. Pero un hombre tan inteligente como él no se podía quedar más tiempo en un lugar pequeño y aletargado como éste.»

Una lágrima le cayó del ojo a la profundidad del pozo. Había un poco de niebla esa mañana, y al chico le salía la respiración como una niebla más espesa sobre la atmósfera queda y densa. De pronto un grito interrumpió sus meditaciones:

—¿Quieres traer ya el agua, que menudo granuja haragán que estás hecho?

Procedía de una mujer mayor que había salido a la verja del jardín de una casita de tejado verde de paja que no estaba muy lejos. El chico rápidamente le hizo un gesto de asentimiento, sacó el agua con lo que fue un gran esfuerzo, habida cuenta de su corta estatura, bajó y vació el gran cubo en los dos suyos más pequeños y, tras detenerse un momento para tomar aliento, echó a andar por

el sendero del húmedo prado en que se encontraba el pozo, casi en el centro del pequeño pueblo, o más bien aldea, de Marygreen.

Era un pueblo tan antiguo como pequeño, situado en la falda de las ondulantes tierras altas que lindaban con las colinas de Wessex¹ del Norte. Pese a su antigüedad, probablemente el pozo fuera la única reliquia histórica del lugar que no había sufrido transformación alguna. Muchas de las viviendas de tejados de paja y buhardillas se habían derribado en los últimos años, y muchos árboles del prado se habían talado. En particular, la iglesia original, jorobada, de torrecillas de madera y pintoresco tejado a cuatro aguas, se había demolido, y sus restos o bien se habían pulverizado para sacar gravilla para el camino, o se habían utilizado para hacer paredes de pocilgas, bancos de jardín y piedras protectoras de vallas y de parterres del vecindario. En su lugar, se había levantado en otra parcela un alto edificio de estilo gótico moderno, desconocido para los ingleses, por parte de cierto destructor de monumentos históricos que había bajado de Londres y se había vuelto en el mismo día. Ni siquiera quedaba constancia de la localización del antiguo templo de las divinidades cristianas en el verde terreno llano que desde tiempos inmemoriales era el cementerio, cuyas desdibujadas tumbas eran solemnizadas por unas cruces de hierro fundido de a dieciocho peniques que contaban con garantía de duración de cinco años.

1. Wessex es el condado imaginario del suroeste de Inglaterra en que Hardy sitúa buena parte de sus novelas.

Capítulo 2

Pese a lo delgado que era, Jude Fawley llevó los dos rebosantes cubos de agua a la casita sin pararse para descansar. Sobre la puerta había un pequeño cartel rectangular de color azul en el que estaba escrito con letras amarillas: «Drusilla Fawley, panadera». Tras la vidriera emplomada de la ventana —ésta era una de las pocas casas viejas que quedaban—, había cinco tarros de caramelo y tres bollos en un plato de porcelana china.

Mientras vaciaba los cubos en la parte de detrás de la casa, oyó que dentro su tía abuela, la Drusilla del cartel, conversaba muy animadamente con otras aldeanas. Después de ver partir al maestro de escuela, estaban recapitulando los detalles del episodio y dedicándose a hacer predicciones sobre el futuro que aguardaba a aquel.

—Vaya, ¿y éste quién es? —preguntó una de las mujeres, a la que el muchacho no conocía, cuando él entró.

—Hace usted bien en preguntar, señora Williams. Es mi sobrino nieto, que se vino a vivir conmigo después de la última vez que estuvo usted por aquí. —La anciana que contestó era una mujer alta y descarnada que acostumbraba a hablar en tono trágico del asunto más trivial, e iba dirigiendo por turnos cada frase que decía a alguna de sus contertulias—. Vino de Mellstock, allá en Wessex del Sur, hace más o menos un año, y peor para él, Belinda —dijo girándose a la de su izquierda—, que es donde vivía su padre, pero al hombre le entraron los temblores y

se murió a los dos días, como tú sabes, Caroline –añadió girándose a la de la derecha–. ¡Ay, habría sido una bendición que Dios Todopoderoso también se te hubiera llevado con tus padres, pobre inútil! Pero el caso es que aquí lo tengo conmigo hasta que vea qué hago con él, aunque no me queda más remedio que dejar que se gane hasta el último penique que pueda. Ahora le está espantando los pájaros al granjero Troutham. Así no se dedica a hacer maldades. ¿Por qué te vuelves, Jude? –preguntó al apartarse el chico a un lado, porque sentía las miradas de todas como si fuesen bofetadas.

La lavandera del lugar contestó que era muy buena cosa que la señorita o la señora Fawley (ya que de ambas formas la llamaban) tuviera al muchacho con ella:

–Porque así te hace compañía y no estás sola, te trae el agua, te cierra los postigos de noche y te ayuda en la panadería.

La señorita Fawley no estaba tan segura de eso.

–Ya te podría haber llevado el maestro de escuela a Christminster con él para que te volvieras todo un estudioso –dijo con el ceño fruncido a modo de comentario jocoso–. Desde luego no se podría haber llevado a nadie mejor. El chico este está loco por los libros, vamos que si lo está. Por lo visto es cosa de familia, porque tengo entendido que a su prima Sue le pasa lo mismo, aunque hace años que no la veo, y eso que nació aquí, entre estas cuatro paredes. Después de casarse, mi sobrina y su marido estuvieron un año o más sin tener casa propia, y luego sólo la tuvieron hasta que... en fin, no voy a entrar en eso. Jude, hijo mío, tú no te cases nunca, que está claro que los Fawley no deben dar ese paso nunca más. La niña, la única que tuvieron, era como mi propia hija (mira lo que te digo, Belinda) hasta que se separaron. ¡Ay, que una pobre mujer tenga que ver estas cosas!